

ba se dijo) y de aquella cueva de Chicomoztoc. Y lo que después en pintura mostraron y declararon al sobredicho fray Andrés de Olmos fue, que el primer hombre, de quien ellos procedían, había nacido en tierra de Aculma, que está en término de Tetzcuco dos leguas, y de Mexico cinco, poco más, en esta manera: dicen que estando el sol a la hora de las nueve, echó una flecha en el dicho término y hizo un hoyo del cual salió un hombre, que fue el primero, no teniendo más cuerpo que de los brazos arriba y que después salió de allí la mujer entera. Y preguntados, cómo había engendrado aquel hombre, pues él no tenía cuerpo entero, dijeron un desatino y suciedad, que no es para aquí. Y que aquel hombre se decía Aculmaitl y de aquí tomó nombre el pueblo, que se decía Aculma; porque acul quiere decir hombre, y maitl, mano o brazo, como cosa que no tenía más que hombros y brazos, o que casi todo era hombros y brazos, porque (como dicho es) aquel hombre primero no tenía más que de los brazos arriba, según esta ficción y mentira.

CAPÍTULO XLV. *De cómo dicen descendió de el cielo Tetzcatlipuca, y persiguió a Quetzalcohuatl hasta la muerte; y de lo que el rey Nezahualpilli de Tetzcuco sintió de sus dioses, y otras cosas*



TROS DIJERON QUE TETZCATLIPUCA (de quien arriba se hizo mención, que era el ídolo principal de Mexico) había descendido del cielo, descolgándose por una sogá que había hecho de tela de araña; y que andando por este mundo desterró a Quetzalcohuatl, que en Tulla fue muchos años señor (como decimos en su historia),¹ porque jugando con él a la pelota se volvió en tigre, de que la gente que los estaba mirando se espantó en tanta manera que dieron todos a huir, y con el tropel que llevaban y ciegos del espanto concebido cayeron y se despeñaron por la barranca del río que por allí pasa y se ahogaron; y que Tetzcatlipuca fue persiguiendo al dicho Quetzalcohuatl de pueblo en pueblo, hasta que vino a Cholulla, donde le tenían por principal ídolo, y allí se guareció y estuvo ciertos años. Mas al fin Tetzcatlipuca, como más poderoso, le echó también de allí, y fueron con él algunos sus devotos y aficionados hasta cerca de la mar, donde dicen Tlilapan o Tizapan, y que allí murió y le quemaron el cuerpo los que le acompañaban en esta adversidad y que de entonces les quedó la costumbre tan guardada de quemar los cuerpos de los señores difuntos (que es fábula, como las demás, porque por su historia vimos,² haberse desaparecido) y que el alma del dicho Quetzalcohuatl se volvió y trasformó en estrella; y que era aquella que algunas veces se ve echar de sí un rayo como lanza; y algunas veces se ha visto en esta tierra la tal cometa o estrella, y tras ella se han visto seguir pestilencias en los indios y otras cala-

¹ Tomo I. lib. 3. cap. 7.

² Tomo I. cap. 7. lib. 3.

midades. Pues volviendo a Quetzalcohuatl, algunos dijeron que era hijo del ídolo Camaxtli, que tuvo por mujer a Chimalma y de ella cinco hijos, y de esto contaban una historia muy larga. Otros decían que andando barriendo la dicha Chimalma halló un chalchihuitl (que es una pedrezuela verde) y que la tragó y que de esto se empañó, y que así parió al dicho Quetzalcohuatl, que es contrario a lo que dejamos dicho, porque los tultecas dicen que de este parto nació Huitzilupuchtli, aunque lo uno y lo otro es falso y no se cuenta sino por cuento. Del ídolo Camaxtli, de quien se ha hecho aquí mención, eran muy devotos los cazadores, porque les ayudase a cazar, teniéndolo por favorable y propicio para el efecto de la caza; y así, cuando querían ir a cazar o pescar, primero se sacrificaban y le ofrecían su sangre o otras cosas. De lo que arriba se ha tratado se colige que diversos pueblos, provincias y personas tenían diversas opiniones acerca de sus dioses, y que algunos dudaban de ellos; y esto no es tanto de admiración en personas viles y bajas o puestas en extremas necesidades, cuanto es de notar en personas calificadas y en grandes señores, como en su tiempo lo eran los reyes de Tetzcuco, Nezahualcoyotzin y Nezahualpiltzintli;³ el último de los cuales no sólo con el corazón dudó ser dioses los que adoraban; mas aun de palabra lo dio a entender, diciendo que no le cuadraban ni estaba satisfecho de que eran dioses, por las razones que su viveza y buen natural le mostraban, como en su historia decimos; porque era en tanta manera vivo y entendido este cacique, que aun en el bisiesto quiso caer y atinar, pareciéndole que se alongaban las fiestas y no venían a un mismo tiempo en todos los años. De este mismo cacique se cuenta que por natural razón y su buena inclinación aborrecía en gran manera el vicio nefando; y puesto que algunos de los demás caciques lo permitían, éste mandaba matar a los que lo cometían, como allí dijimos. De manera que acerca de sus dioses y de la creación del hombre, diversos desatinos decían y tenían. De que alguno subiese al cielo no había memoria entre ellos; mas era su opinión que todos iban al infierno y en esto no dudaban (como ello era gran verdad para ellos y sus antepasados, pues no alcanzaron a conocer a Dios y usaban de grandes pecados e idolatrías), y también tenían por cierto que en el infierno habían de padecer diversas penas conforme a la calidad de los delitos; y así, en lo primero conformaban con los gentiles antiguos, que a las ánimas de buenos y malos hacían moradoras del infierno, como lo cuenta Virgilio en sus *Eneidos*,⁴ escribiendo la bajada de Eneas a aquel lugar. Y en lo segundo concuerdan también con ellos, pues allí refiere la diversidad de tormentos que vio Eneas; y por el consiguiente, conforman con nosotros los cristianos, que tenemos por fe, lo que en diversas partes de la Escritura Sagrada⁵ se dice, que según la medida del pecado, será la manera de las llagas; y cuanto se glorificó y estuvo en deleites, tanto tormento y llanto le daréis. Algunos de los indios daban a entender que sus

³ Tomo I. lib. 2. cap. 64.

⁴ Aencid. lib. 6.

⁵ Deut. 25.

Apoc. 18.

dioses eran o habían sido primero puros hombres; pero puestos después en el número de los dioses o por ser señores principales o por algunas notables hazañas que en su tiempo habían hecho. Otros decían que no tenían a los hombres por dioses, sino a los que se volvían o mostraban o aparecían en alguna otra figura, en que hablasen o hiciesen alguna otra cosa en que pareciesen ser más que hombres.

CAPÍTULO XLVI. *De la manera que tenían en orar y por qué pintaban a sus dioses tan feos*



PARA HABER DE ORAR A SUS DIOS, no sabían qué cosa era ponerse de rodillas, sino en cuclillas como suelen estar para hablar o descansar; en que se ve la poca reverencia en que tenían a sus dioses. Y es de maravillar cómo el demonio, pues apetece ser adorado y reverenciado en la forma y manera que el mismo Dios, no les enseñó el ponerse de rodillas cuando le hacían oración, según que todos los fieles lo han usado y usan al tiempo que ofrecen sus oraciones a Dios y los mismos indios, ahora después de cristianos, están tan puestos en ello que se estarán tres y cuatro horas de rodillas sin menearse de un lugar. Cuando oraban, dicen que no pedían perdón de la culpa, sino que no fuese sabida ni publicada por donde les viniese mal o daño alguno. Y esto procedía de temer solamente el castigo presente y temporal y no considerar el eterno del otro mundo. Y así pedían también éstos los bienes temporales y no la gloria, porque no la esperaban, pues tenían opinión que todos, así como así, iban al infierno. Y aun ahora, con estarles tan predicado y confesarlo ellos cada día por su boca diciendo los artículos de la fe, parece haberles quedado algún rastro de sus abuelos en esto, de temer mucho los más de ellos en común el azote y castigo temporal y no considerar tanto el eterno del infierno, ni tratar mucho del deseo de la gloria. Aunque bien entiendo, por otra parte, que son muchísimos los que van a gozar de ella; y será que no muestran exteriormente todo lo que tienen en el corazón. No sabían a qué parte era el infierno, mas de que habían de penar para siempre. Verdad es que según el vocablo que en su lengua usan los mexicanos, para lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los dañados, ellos dicen Mictlan; bien podemos inferir que a la parte del norte, por ser lugar umbroso y oscuro, que no lo baña el sol como al oriente y poniente y mediodía, ponían ellos el infierno, porque Mictlan propiamente quiere decir, lugar de muertos, y es (como se ha dicho) lo que nosotros llamamos infierno, que es lugar de los que para siempre mueren; y a la región o a la parte del norte llaman los indios Mictlampa, que quiere decir, hacia la banda o parte de los muertos. De donde bien se infiere que hacia aquella parte ponían ellos el infierno.

Lo que parece admirar cerca de sus dioses, es cómo los pintaban o esculpían tan fieros y espantosos. Porque si eran hombres, o aparecieron al principio como hombres (según arriba se dijo), no les habían de dar otras